

¿Librecambio o proteccionismo? Apuntes sobre la disyuntiva agrícola mundial

Magda Fritscher Mundt

Introducción

En fechas recientes hemos sido testigos de un intenso debate, tanto a nivel nacional como internacional, sobre el futuro de la agricultura y del comercio agroalimentario. En ambos contextos, la disyuntiva “proteccionismo o libertad comercial” define los términos de esta intrincada polémica.

En el caso mexicano, el establecimiento de una política de corte neoliberal para el sector, configurada por el retiro sorpresivo de los permisos de importación para varios productos y la inclusión de la agricultura en el Tratado de Libre Comercio, llevó a una intensa discusión sobre el futuro del campo. El gran número de foros, seminarios y obras escritas sobre el tema dan cuenta del grado de preocupación que existe de parte de la sociedad mexicana sobre este problema.

A nivel mundial, el debate es también álgido, constituyendo en estos momentos el tema central de la agenda de discusiones del GATT. En 1986, en el seno de este organismo se instituyó la Ronda Uruguay, con el propósito de encontrar fórmulas que permitieran “disciplinar” la agricultura, a semejanza de lo ocurrido previamente con otros sectores, en especial el industrial. La pretendida “disciplina” tenía que ver con la supresión de prácticas de subvención y otras medidas de apoyo estatal, que provocaban fuertes distorsiones en los mercados alimentarios.

Si bien las controversias mundiales en torno a las políticas agrícolas han sido frecuentes en las últimas décadas, se hicieron más agudas hacia mediados de los años ochenta, cuando los niveles de protección para

los productos del campo en los países desarrollados se incrementaron hasta alcanzar tasas equivalentes a un 40%. Si pensamos que los bienes industriales, para las mismas fechas, poseían aranceles que no superaban el 6% del valor importado, nos percatamos de que, en medio de un creciente proceso de globalización, la agricultura ha conservado un grado considerable de autonomía, obstaculizando el enlace comercial entre los países.¹

Distintas son las razones que explican este estatuto de excepcionalidad del sector rural frente a las tendencias integracionistas del mundo actual. La consideración de que el agro posee rasgos específicos, entre los cuales destaca su extrema vulnerabilidad frente a los riesgos climatológicos, impulsa a los gobiernos a una fuerte intervención en el sentido de proteger a los productores de los avatares de la naturaleza. Por otra parte, el hecho de que el alimento sea considerado un bien estratégico, vital para que se mantenga el orden social en un país, actúa en el mismo sentido. Por último, otros elementos, como la búsqueda de un equilibrio poblacional que preserve el orden urbano o el peso político de los sectores rurales, cuentan para que se perpetúe la protección estatal, incluso en momentos como los actuales, en que la libertad comercial se impone cada vez con más fuerza sobre el mundo de los negocios.

Las políticas de protección al campo son en el presente una prerrogativa de los países desarrollados, que canalizan presupuestos billonarios a sus agricultores, en el afán de compensarlos por la baja en los precios agrícolas que sobrevino a consecuencia de una prolongada etapa de sobreproducción en los años ochenta. Su efecto es, irónicamente, el de retroalimentar la situación de sobreoferta, pues al aislar al productor de las señales negativas del mercado, lo impulsa a seguir produciendo. El resultado final es el de un enorme incremento en las reservas alimentarias mundiales, con la consecuente depresión en los precios. La protección agrícola supone, además, un elevado costo a la sociedad: fuertes transferencias de recursos por la vía del subsidio deben ser avaladas, en última instancia, por el pueblo contribuyente o por la población consumidora, que paga por sus alimentos precios más elevados que los internacionales.

Hoy día los principales defensores, en el seno del GATT, de la política de subsidios son la Comunidad Económica Europea y Japón. Regiones que sufrieron el problema agudo de la falta de alimentos durante el

¹ M. Shane, "World Agriculture Markets at Crossroads", en US Department of Agriculture, *Agricultural-Food Policy Review, US Agricultural Policies in a Changing World*, Washington, D.C., nov. 1989.

periodo bélico, así como los embargos alimentarios de parte de Estados Unidos en la octava década, se resisten a estrategias de apertura comercial que anulen su potencial de producción y autosuficiencia. De igual forma, buscan proteger el delicado equilibrio demográfico, construido a lo largo de las últimas décadas, evitando grandes éxodos a las ciudades, incapacitadas de absorber los contingentes rurales desplazados por un proceso abrupto de liberación comercial.

En el otro extremo, Estados Unidos y el grupo CAIRNS² defienden una política de mercados abiertos. La primera nación, agobiada por el peso de su crisis financiera, confía ampliamente en la superioridad de sus recursos naturales y tecnológicos frente a los competidores europeos y lucha, en estos momentos, por la supresión de todas aquellas barreras que enturbien el libre movimiento de mercancías agrícolas. En igual dirección, los países agroexportadores, que integran el grupo CAIRNS, protestan con vehemencia ante políticas que tienden a excluir su participación en el mercado agroalimentario. Poseedores de recursos naturales de gran magnitud y de ventajas comparativas incuestionables no pueden, en estos momentos, sufragar el costo que representa el subsidio, razón por la cual han perdido competitividad frente a los demás exportadores que sí lo otorgan.

Por otro lado, para aquellos países netamente importadores, la baja en los precios de los productos a nivel internacional ha incrementado su capacidad adquisitiva. Como consecuencia, se ha elevado considerablemente también su condición dependiente. En esta situación se encuentra México, que hoy día absorbe una parte sustantiva de los alimentos importados por la región latinoamericana, habiéndose convertido en un mercado de gran interés para Estados Unidos.

Nuestro trabajo buscará explorar algunos aspectos del escenario pasado y presente de la historia agrícola mundial, y a la vez anticipar ciertos rasgos de su destino próximo. Asimismo se intentará, a partir de los referentes internacionales, ubicar el caso de la agricultura mexicana, enfrentada hoy día a un amenazante proceso integrador con Norteamérica.

La reestructuración agrícola mundial en la posguerra

Los años que siguieron a la segunda guerra mundial escenificaron profundas transformaciones en la vida económica de los países involucra-

² El grupo CAIRNS se formó en la ciudad australiana de Cairns y consta de países como Argentina, Brasil, Australia, Canadá, Colombia, Chile, Filipinas, Indonesia, Malasia, Tailandia, Hungría y Nueva Zelanda.

dos, así como en sus relaciones comerciales. La agricultura, en particular, después de haber sido proscrita de parte del territorio europeo por más de medio siglo, volvió a ocupar un lugar de importancia dentro de la estrategia posbélica de reconstrucción. Los países de Europa, que habían optado por especializarse en las tareas industriales y delegar la producción alimentaria al mundo periférico, ahora cuestionaban severamente los beneficios de este modelo. El prolongado periodo bélico había interrumpido los flujos de mercancías entre ambos polos, poniendo a descubierto, con su secuela de escasez y hambre, las dificultades inherentes a esta separación espacial de actividades. Así, en los años cincuenta, la recomposición del sistema agrícola fue una meta para varias naciones de la región. Distintas reformas en los sistemas de tenencia de la tierra, así como la formulación de políticas, que buscaban, mediante una fuerte intervención estatal, estimular la producción de los alimentos básicos, dan cuenta de este intento por revertir el fenómeno de la dependencia europea en el rubro alimentario. Incluso la misma Inglaterra, paladín de las posiciones librecambistas en el pasado siglo, abandonaría rápidamente estos preceptos para instaurar un modelo que protegía su producción interna. En consecuencia, hacia mediados de los años cincuenta, su oferta alimentaria era ya superior en un 60% a su nivel de preguerra. Hoy día se ha transformado en un país exportador de algunos bienes agrícolas, como el trigo, por ejemplo.

Hacia principios de los años sesenta, con posterioridad a la formación de un mercado común europeo, nació la Política Agrícola Común, que buscó crear para los países miembros una zona de libre comercio para los bienes agrícolas. Ello no llevó, sin embargo, a una competencia desenfadada entre los mejores y peores productores, sino que estimuló a ambos, al permitir que los precios se fijaran en torno a los costos en las peores tierras. Así fue como los productores alemanes, menos favorecidos en cuanto a la calidad de suelos que sus homólogos franceses, lograron permanecer en el mercado.³ Con ello se sellaba una nueva política, encaminada a estimular la producción agrícola, así trajera aparejados costos de gran envergadura. En oposición a la teoría de las ventajas comparativas, emergía una nueva estrategia tendiente a proteger férreamente al sector agrícola, resultado de lo cual es la condición excedentaria en alimentos, que hoy prevalece en el continente.

En todo caso, el camino a recorrer para llegar a la situación actual fue largo. Por algunas décadas Europa siguió siendo el receptor natural de los excedentes norteamericanos. Aún hoy, revertida su condición defi-

³ M. Capstick, *La economía de la agricultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

citaria, los países de la Comunidad Económica Europea persisten como expresivos importadores de forrajes procedentes del campo del vecino país.

Los Estados Unidos, en contraste con la Europa decimonónica, siempre defendieron el carácter complementario de ambas actividades, la agrícola y la industrial. Sus vastas y fértiles planicies y sus climas propicios permitieron, conjuntamente con el prematuro énfasis tecnológico, el desarrollo de una importante actividad en el campo alimentario. De esta forma, al igual que Canadá, Australia y Argentina, este país pudo responder a las necesidades importadoras de Europa, acrecidas en la segunda mitad del siglo XIX. En las primeras décadas del presente siglo, la agricultura norteamericana experimentó el fuerte impacto de una revolución tecnológica, que cambió por completo las formas productivas vigentes, incorporando los adelantos mecánicos, químicos y biológicos, propios de sus industrias de punta. La elevada demanda generada en el periodo de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea, aunada a la política intervencionista y protectora del gobierno, fue un aliciente para los productores, incrementándose fuertemente la superficie cosechada y la capacidad productiva. Al concluir ambos conflictos y estrecharse el mercado, el país se encontró ante el dilema de la sobreproducción, de cara a un mundo autárquico que no permitía la fluidez exportadora requerida. Parte de los alimentos se canalizó hacia la Europa devastada; ello no fue suficiente, sin embargo, para dar salida a las grandes reservas acumuladas.

Cupo a Estados Unidos, en este momento, la tarea de buscar la reconstitución de un mercado agrícola mundial que pudiera absorber los excedentes alimentarios acumulados desde años previos. Fue así como, en 1954, se aprobó en este país una legislación (la llamada PL 480) que impulsaba programas de ayuda alimentaria a las naciones en desarrollo; créditos blandos, con bajos intereses, serían ministrados específicamente para la compra de alimentos norteamericanos.

El programa "Alimentos para la Paz" se difundió sobre todo entre países en desarrollo, en particular los latinoamericanos y asiáticos, muchos de los cuales ni siquiera conocían el trigo, principal bien exportado. Para muchos de estos países, que en estos momentos dirigían su atención preferentemente a las necesidades de construcción de una industria sustitutiva, la obtención de alimentos baratos fue una opción ventajosa, así deprimiera la producción interna y sentara las bases para la futura dependencia alimentaria del exterior. Con estas medidas, Estados Unidos pudo colocar sus excedentes, y si bien la operación no fuera del todo rentable, constituía el primer paso para la creación de una

sólida base comercial, que permitiría, años más tarde, la enorme expansión de los negocios agroalimentarios norteamericanos.

Conforme indica el cuadro 1, la ayuda alimentaria llegó a alcanzar casi un 40% del total de las exportaciones agrícolas norteamericanas, a fines de los años cincuenta. En la octava década, cuando el mercado para la producción agrícola norteamericana se había consolidado plenamente, esta participación se haría insignificante: en 1980 equivaldría al 3% del total exportado.

Cuadro 1
Participación de la ayuda alimentaria en las exportaciones agrícolas totales de Estados Unidos, 1955 a 1980 (porcentajes)

Exportaciones			
Periodo	Programa PL 480	Comerciales	Totales
1955-1959	39.2	60.8	100
1960-1964	30.3	69.7	100
1965-1969	22.9	77.1	100
1970-1974	9.3	90.7	100
1975-1979	5.4	94.6	100
1980	3.0	97.0	100

Tomado del artículo de Eduardo A. Santos, "El mercado mundial de cereales", en *Comercio Exterior*, vol. 33, núm. 6, México, junio 1983.

Durante los años cincuenta, el producto fundamental de exportación fue el trigo. Encauzado básicamente a los países en desarrollo, las importaciones cubrirían, en los años setenta, una parte sustantiva de la oferta interna de este cereal: aproximadamente el 40%.⁴ Una década más tarde, la expansión de un modelo de consumo basado en la proteína animal posibilitó lanzar al mercado internacional productos que constituían insumos forrajeros, como el maíz, la soya y el sorgo, de los cuales Estados Unidos fue, desde un principio, un productor monopólico.

Europa fue la primera región en entablar un vuelco hacia la importa-

⁴ E.A. Santos, "El mercado mundial de cereales: las opciones para el Tercer Mundo", en *Comercio Exterior*, vol. 33, núm. 6, México, junio 1983.

ción de estos bienes. Interesada en una mejoría en la dieta de sus poblaciones, empezó a impulsar fuertemente su ganadería intensiva, actividad que requería de alimentos balanceados para sostenerse. Entre 1964 y 1967 se fijaron acuerdos tendientes a abrir las fronteras al maíz y la soya, a la vez que se instituía una fuerte protección para el trigo.⁵ Como veremos adelante, la universalización del patrón alimentario, basado en el consumo cárnico, condujo a que varias regiones siguieran el ejemplo europeo, convirtiendo los granos forrajeros en bienes de elevada circulación en el mercado internacional de alimentos.

Estos son los antecedentes básicos que permiten entender la enorme expansión del comercio mundial de alimentos en los años setenta, así como la redefinición de jerarquías y roles protagónicos dentro del mismo.

Cabe destacar dentro del emergente contexto agrícola mundial de los años cincuenta y sesenta, la pérdida de posiciones de parte de los países latinoamericanos. Tres son los ejes de esta nueva situación: su pérdida de importancia como productores de bienes tropicales, su marginación como productores de trigo y maíz, situación derivada de la irrupción de Estados Unidos como ofertante monopólico, y por último, su proclividad a convertirse en una región importadora de granos básicos, en especial, de trigo.

Con respecto al primer punto, es conocido el hecho de que la mayor parte de los países latinoamericanos produce bienes como el café, el cacao, el tabaco y otros productos que no son esenciales a la dieta de los pueblos desarrollados. A mediados de este siglo, estos bienes sufren un proceso de desvalorización en el mercado mundial, tanto por su carácter de lujo, como porque surge una sobreoferta derivada de la incorporación de nuevos competidores al mercado internacional, en especial los países africanos.

En relación con el segundo eje, también es conocido el hecho de que la notable excepción dentro de un universo productor de bienes tropicales es Argentina, país que desde el siglo pasado se ha especializado en la producción y exportación de trigo, maíz y carne al continente europeo. Hacia los años treinta, este país se había convertido en el primer exportador mundial de maíz y de carne, con una participación del 65% y del 62%, respectivamente: con relación al trigo, su participación equivalía al 25% de la oferta mundial.⁶ Este notable desempeño

⁵J.P. Bertrand, "A Dinâmica dos Mercados Internacionais das Oleo-Protéginosas: Políticas dos estados e estratégias dos atores", en *Ensayos FEE*, año 11, núm. 1, Porto Alegre, Fundación de Economía y Estadística, 1990.

⁶R. Sindicaro, "Poder y crisis de la gran burguesía agraria argentina", en *Argentina Hoy*, México, Siglo XXI Ed., 1982.

concluyó en la segunda posguerra, en momentos en que Estados Unidos tomaría las riendas de los asuntos agrícolas del mundo capitalista. Con una capacidad productiva potenciada y la decisión de romper las barreras comerciales, a través de los programas de ayuda alimentaria, el vecino país pudo, con facilidad, excluir de la competencia a los demás países especializados en bienes de clima templado. Asimismo el severo bloqueo económico impuesto por Estados Unidos a Argentina, como castigo por su alianza con los países del Eje, acabó por destruir el endeble poder alimentario del país sureño, que a partir de los años cincuenta se vio obligado a convertir sus tierras al uso ganadero. Sólo más tarde, hacia fines de la octava década, lograría la zona pampeana recomponer su capacidad exportadora en la rama agrícola.⁷

Con respecto al último punto, cabe destacar la pérdida de la autosuficiencia alimentaria de la región, proceso que iniciado a mediados de los años cincuenta, tendió a agudizarse en la octava década.

El ingreso de granos baratos bajo el programa "Alimentos para la Paz", en especial de trigo, desestimuló la oferta nacional, reduciéndose la producción anual *per capita* de 67 kg en 1958 a sólo 44 kg en 1970.⁸ Ello llevó a que, para 1980, se debiera importar más de la mitad del monto destinado al consumo interno.

Cifras estadísticas nos indican que, a excepción de Argentina, todos los demás países de la región vieron sus agriculturas afectadas por las nuevas tendencias. Así Brasil, a partir de 1958, reduciría su producción de trigo en 40%; Ecuador lo haría en 50% en el periodo 1967-1977; México y Chile en el transcurso de los años setenta. En Perú, las importaciones de este cereal se quintuplicaron entre 1943 y 1977; Venezuela y Costa Rica seguirían una trayectoria similar.⁹

Durante la octava década, a las importaciones de trigo se añadirían las de maíz y productos forrajeros, siguiendo la región latinoamericana las tendencias mundiales en este particular.

Los años setenta: expansión y supremacía norteamericana en los mercados agrícolas

Los años setenta registraron cambios inesperados en el mercado alimen-

⁷ J. Sábato, *La pampa pródiga: claves de una frustración*, Buenos Aires, CESEA, 1980.

⁸ Y. Estévez y B. Portilla, "El desarrollo agroindustrial ¿Agro negocio y nuevo orden económico internacional?", en *Lecturas del CEESTEM*, México, CEESTEM, 1981.

⁹ M. Fritscher, "O Novo Paradigma do Sector Rural Latinoamericano", en *Ensayos FEE*, año 8, núm. 1, Porto Alegre, 1987.

tario internacional, favoreciendo aún más la posición norteamericana como ofertante de bienes agrícolas. A partir de 1972, la URSS iniciaría su importante trayectoria como demandante de granos en el mercado mundial, buscando mediante importaciones cubrir los faltantes internos de trigo y a la vez proveer con maíz los requisitos forrajeros demandados por la producción cárnica, la cual buscaba alentar. Los países del Este europeo años más tarde seguirían el mismo camino, si bien en proporciones más modestas. Japón, a su vez, incrementaría fuertemente sus compras de maíz y soya desde territorio norteamericano. En una situación similar a la soviética, sin contar con una infraestructura adecuada en insumos, intentaría incrementar su producción cárnica, recurriendo para ello a importaciones. China, a su vez, irrumpía en los años setenta como expresivo importador de trigo desde los mercados occidentales.

De otra parte, el sorpresivo incremento en los precios del petróleo aseguraría, para las regiones productoras, un rápido crecimiento en su renta energética, convirtiéndolas en importadoras netas de productos alimentarios. Naciones como Arabia Saudita, los Emiratos, Libia y, en menor medida, Irán, Irak, Argelia, Egipto y Nigeria pasarían a depender, a partir de entonces, de los Estados Unidos para su abasto alimentario, situación que no pocas veces fue utilizada políticamente por este último. En América Latina, países como México y Venezuela, elevaron en 592% y 258%, respectivamente, el valor de sus importaciones alimentarias en el último quinquenio de la octava década.¹⁰

Finalmente, otros países latinoamericanos, gracias al fuerte flujo de capital canalizado desde los centros financieros internacionales a la región, reforzaron fuertemente su capacidad importadora, intensificando la condición de dependencia alimentaria iniciada en los años cincuenta. Hacia fines de los años setenta, la región había profundizado de manera severa su brecha productiva, al alcanzar sus compras cerealeras un valor de 5.4 mil millones de dólares en 1980, cuando en 1972 el valor importado no superaba los 800 millones de dólares.¹¹

El gran dinamismo en la demanda mundial de alimentos llevaría a fuertes alzas en los precios. Entre 1972 y 1974, el valor de los principales bienes se multiplicaría por tres, para después estabilizarse en un nivel más bajo, pero muy superior al promedio de 1970. Ello aseguraba para Estados Unidos, con creces el principal país exportador, un fuerte ascenso en divisas, haciendo crecer la importancia de la agricultura dentro del contexto económico global. En tan sólo una década, el valor exportado

¹⁰ R.H. Green, "El comercio agroalimentario mundial y las estrategias de las transnacionales", en *Comercio Exterior*, vol. 39, núm. 8, México, agosto 1989.

¹¹ UNCTAD, *Commodity Yearbook*, 1986.

por este país se sextuplicaría, creciendo de 7.7 mil millones de dólares en 1971 a 43.7 en 1981. La balanza comercial agrícola, a su vez, registraría en este último año un superávit de 26.5 mil millones de dólares.¹²

La agricultura norteamericana pudo responder adecuadamente al fuerte reajuste en el comercio internacional, utilizando en forma intensiva su enorme potencial productivo. 24 millones de has. ociosas fueron puestas bajo cultivo, a la vez como consecuencia de una profundización en el aporte tecnológico, los rendimientos crecerían en un 25%, en el transcurso de la década.

Asimismo, la infraestructura financiera se volcó al apoyo de los granjeros norteamericanos, reforzados a partir de entonces en su rol de abastecer de alimentos al mundo. Entre 1970 y 1980, la deuda agrícola se elevó de 53 a 165 mil millones de dólares, permitiendo una fuerte ampliación en los índices de industrialización del proceso productivo agrícola.¹³

Ante precios mundiales en ascenso y tasas de interés reducidas, dado el exceso de liquidez vigente en los mercados financieros internacionales, la agricultura norteamericana prometía márgenes de rentabilidad muy superiores a los de otras ramas económicas, razón por la cual su capacidad productiva creció en forma importante. Expresión de este auge sería su elevada participación en el aporte mundial de bienes agrícolas: el 38.2% del trigo, el 81.3% de la soya y el 78.6% del maíz eran, a principios de los años ochenta, de procedencia norteamericana, como lo indica el cuadro 2.

Cuadro 2
Exportaciones de granos. (millones de toneladas)
Año 1980

	Trigo	Maíz	Soya
Total mundial	189,3	80,3	26,8
Estados Unidos	72,5	63,1	21,8
Porcentaje	38,2	78,6	81,3

Datos extraídos del *Anuario de Comercio*, Roma, FAO, 1981.

¹² E. Schuh, "Cuestiones estratégicas de la agricultura internacional", en *Perspectivas Económicas*, núm. 53, Washington, 1986.

¹³ E. A. Santos, "La seguridad alimentaria mundial y el proteccionismo agrícola", en *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 7, julio 1988, México.

Ante esta coyuntura comercial favorable, con márgenes de rentabilidad elevados, el subsidio al productor fue poco expresivo en Estados Unidos. Confiando en su potencialidad productiva, la agricultura norteamericana pudo enfrentar la competencia que le hacían otros países, que para aquel entonces protegían a sus agricultores. Cierto es que la subvaloración del dólar aumentaba artificialmente el poder competitivo de las exportaciones agrícolas del país norteamericano.

Esta incuestionable hegemonía norteamericana en los asuntos agropecuarios no impidió, sin embargo, que poco a poco emergieran nuevos competidores, alentados de una parte por el espectro favorable de los precios internacionales, y de otra, por el flujo de recursos crediticios, que permitía reconvertir y modernizar con celeridad agriculturas hasta entonces volcadas hacia un patrón productivo de corte extensivo y tradicional. Surgen de esta forma países, que si bien no cuestionan el liderazgo norteamericano, logran aprovechar brechas favorables para desarrollarse. Tal fue el caso de Brasil, Argentina y Canadá que por ocasión del embargo cerealero de Estados Unidos a la URSS —producto de la invasión de Afganistán en 1979— pudieron ocupar transitoriamente el papel de proveedores de los soviéticos, causando fuertes problemas a los agricultores norteamericanos. El cuadro 3 indica el desplazamiento en las fuentes exportadoras de la Unión Soviética, a raíz del embargo norteamericano. El caso más sobresaliente fue el de Argentina que, entre los años 1979 y 1982, incrementó sus exportaciones de granos a los soviéticos en 9.5 veces, seguido del canadiense, que registra una elevación de 2.7 veces en sus exportaciones.

Cuadro 3
La importación soviética de granos. (millones de toneladas)

	1976 77	1977 78	1978 79	1979 80	1980 81	1981 82	1982 83	1983 84	1984 85
Total	10.3	18.4	15.1	30.4	34.0	45.0	32.5	31.5	52.7
Estados Unidos	7.4	13.2	11.2	15.2	8.0	15.4	6.2	10.4	22.3
Argentina	0.3	2.7	1.4	5.1	11.1	13.3	9.6	6.9	8.1
Australia	0.5	0.3	0.1	4.0	2.9	2.5	1.0	1.7	3.2
Canadá	1.4	1.9	2.1	3.4	6.8	9.2	8.8	6.3	8.4
EEC	0.2	0.2	0.2	0.9	1.2	2.4	3.7	3.8	7.8

Fuente: Cuadro 4.11, extraído de N. Butler, *The International Grain Trade: Problems and Prospects*, St. Martin's Press, N. York, 1986.

Conforme se puede observar, éste es el momento en que Europa Occidental también se dispone a ocupar un lugar en el mercado soviético. De esta forma, el embargo norteamericano derivó involuntariamente en una oportunidad para otros países, asegurando un incremento de su participación en el mercado de bienes agrícolas.

El caso europeo sería, sin embargo, el más significativo. Orientada la Comunidad Europea, como vimos anteriormente, a la búsqueda de la autosuficiencia alimentaria en ciertos productos básicos, protegió desde los años sesenta a sus agricultores. Dentro de este esquema, el trigo sería un producto prioritario, atrayendo rápidamente el interés de los productores, en particular de los franceses y más recientemente, de los alemanes e ingleses. Poco a poco también los forrajes, que constituían la parte sustantiva de las importaciones, fueron desarrollándose, en un abierto desacato a los tratados comerciales con Estados Unidos.

Los países que integran la Comunidad Económica Europea son, hoy, exportadores de trigo, se acercan a la autosuficiencia en maíz y buscan con ahínco una situación similar para las oleaginosas.

Al sufrir los precios agropecuarios tendencias declinantes en la primera mitad de los años ochenta, los gobiernos europeos participantes de la Comunidad Económica decidieron mantener los precios en sus niveles anteriores, cubriendo la fuerte diferencia que separaba el valor subsidiado del real. Ello hizo que la producción siguiera en ascenso, convirtiéndose el continente en una región excedentaria en alimentos. Hoy día disputa el liderazgo norteamericano en el comercio mundial agropecuario. De esta situación novedosa se derivan, más que de otros causales, los fuertes desajustes que aquejan la dinámica alimentaria en la actualidad.

El protagonismo europeo de los años ochenta y sus consecuencias

Severos desajustes en la actividad agrícola mundial caracterizarían la novena década. El impactante crecimiento en la demanda de productos agrícolas, propio de los años setenta, se vería constreñido por una serie de factores, de los cuales el más importante era la crisis financiera, que para aquel entonces asolaba una gran cantidad de países, incapacitándolos para proseguir en su afán importador. Por otro lado, la oferta continuó elevándose gracias a las medidas protectoras puestas en práctica en los países desarrollados. Con ello se estimulaba a los agricultores a seguir produciendo, independientemente de los signos desfavorables del mercado.

A consecuencia de este conjunto de factores, se generó una notable sobreproducción alimentaria, que impactó los precios en forma negativa, con desvalorizaciones que oscilaban entre el 30% y el 80%.¹⁴ Hacia fines de la década se observaría una recuperación en los precios, derivada del decaimiento productivo en varios países, a efecto de factores climáticos adversos. Ello no era signo, sin embargo, más que de una situación transitoria que, una vez superada, llevaría a las mismas distorsiones anteriores.

Todo ello condujo a importantes cambios en la estructura del comercio mundial, con impactos sobre las jerarquías previas y sobre los principales protagonistas.

Conforme indicamos previamente, los Estados Unidos, convertido en potencia agrícola en la posguerra, había logrado arrastrar hacia la dependencia alimentaria a un gran número de países hasta entonces autosuficientes. El continente europeo era aún a principios de los años ochenta, una región netamente importadora, y como tal constituía uno de los principales clientes de Norteamérica en el renglón agrícola. Conforme indica el cuadro 4, las exportaciones agrícolas de Estados Unidos a Europa Occidental ascendían a cerca de 12 mil millones de dólares en 1980, correspondiendo a un 34.9% del valor agrícola exportado por aquel país. Hacia mediados de la década, las exportaciones al continente decaerían abruptamente, en un 41%, pasando a constituir el 28.5% del valor exportado por Estados Unidos.

Ello se debía al fuerte impulso productivo protagonizado, fundamentalmente, por los países que integran la Comunidad Económica Europea. Alentados los productores de la región por los altos precios

Cuadro 4
Exportaciones agrícolas de Estados Unidos a Europa
(miles de mdd)

	1980	1985	Descenso
Europa Occidental	11.7	6.9	-41.0%
Comunidad Económica Europea	11.0	6.4	-41.8%

Datos extraídos del cuadro 1144 del *Statistical Abstract of the United States*, Washington, D.C., US Department of Commerce, 1990.

¹⁴FAO, *Potencialidades del desarrollo agrícola y rural en América Latina y el Caribe*, anexo 1, Roma, 1988.

agrícolas de los años setenta y por la política de subvención y apoyo de los gobiernos a los precios en los años ochenta, casi duplicaron, en el transcurso de una década, el volumen producido de trigo; en maíz, la producción era en 1985, un 58.3% más elevada que a mediados de la década anterior, conforme lo explica el cuadro 5.

Gracias a este impulso productivo, el continente europeo se había transformado, en 1984, en un importante exportador de trigo, con una capacidad excedentaria cercana a los 23 millones de toneladas. Asimismo,

Cuadro 5
Europa: producción de cereales
(millones de toneladas)

	1974-76	1980	1985-86	Tasa de crecimiento
Trigo	57.6	91.8	112.5	95.0%
Maíz	45.0	52.2	71.6	58.3%

Elaborado con datos extraídos del *Anuario de producción*, Roma, FAO, 1987 y 1991.

mo, es notable su trayectoria en maíz, al disminuir en forma notable sus necesidades de compra externa y acercarse, expresivamente, a la autosuficiencia, según lo indica el cuadro 6. Hoy día, su dependencia se reduce a la soya, constituyendo todavía un importador significativo de Estados Unidos.

Conforme se mencionó anteriormente, este auge productivo se debía, en primera instancia, a las prácticas proteccionistas iniciadas con la formulación de la Política Agrícola Común en 1962. La fuerte elevación

Cuadro 6
Europa-comercio exterior: saldo entre
importaciones y exportaciones
(millones de toneladas)

	1980	1984	1990
Trigo	+ 0.5	+ 22.8	+ 38.7
Maíz	- 26.5	- 8.9	- 5.1

Elaborado con datos extraídos del *Anuario de comercio*, Roma, FAO, años 1981, 1985 y 1989.

de los precios en los años setenta, al hacer rentable la actividad, había relativizado la necesidad del subsidio gubernamental, mismo que ante las señales críticas de la década siguiente volvería a reactivarse. Ya para 1982, cuando la dinámica devaluatoria de las mercancías agrícolas era aún poco expresiva, el monto de subvención por cada agricultor europeo ascendía a 6 200 dólares. En 1986 el subsidio representaba un monto equivalente al 50% de los ingresos de cada productor.¹⁵ Una parte considerable del presupuesto de la Comunidad Europea, equivalente a dos terceras partes, sería canalizada a apoyos al sector rural.

Junto con este primer indicador básico del incremento en la producción europea, se deben mencionar otros factores que impactaron la oferta, como lo son los fuertes incrementos en la productividad y la incorporación de países agrícolas, como Grecia, Portugal y España a sus fronteras. Finalmente hay que destacar, también, como factor explicativo del vuelco excedentario europeo, el lento incremento demográfico de la región, que afecta negativamente el consumo alimentario, cuyas cifras de crecimiento no superan el 0.2% anual.¹⁶

Gracias a este conjunto de razones, la salida exportadora se convierte en un primer objetivo para los países de Europa Occidental, amenazando fuertemente el estatuto hegemónico de la agricultura norteamericana en el mercado mundial. Fue así, como ante este formidable viraje, los Estados Unidos se vieron obligados a políticas de corte defensivo para preservar sus mercados. Después de los años de incertidumbre de principios de la década, en los cuales se sumaron varias circunstancias imprevistas que minaron la competitividad de este país —como el alza del dólar, la elevación en las tasas de interés, la baja en los precios agrícolas y la desvalorización de la tierra—, la administración Reagan debió, a semejanza de sus contrincantes europeos, recurrir a programas de subvención agrícola de fuerte impacto.

Mediante una gran ofensiva lanzada en 1985 en el Congreso, se buscó adaptar la legislación a las necesidades propias de una batalla comercial, creando instrumentos de *dumping* aún más refinados que los utilizados por Europa. El costo de los programas de apoyo a productores ascendería en forma abrupta de 7 a 32 miles de millones de dólares entre los periodos 1977-1980 y 1985-1990, comprometiendo seriamente el presupuesto de este país. También el sistema financiero se vería alte-

¹⁵ E. Gavaldón Enciso y J. Ceceñas Esquivel, "La política agrícola de Estados Unidos", en *Comercio Exterior*, vol. 40, núm. 12, dic. 1990.

¹⁶ SARH-ONU-CEPAL, *Exportaciones agropecuarias, mercado mundial y desarrollo interno*, Informe 1990, México, 1990.

rado ante el incremento de la deuda agrícola, de 165 a 210 miles de millones de dólares entre 1980-1986.¹⁷

Sin embargo, las medidas asumidas por el gobierno norteamericano en su lucha por la reconquista comercial no surtieron el efecto esperado. Hacia 1986 las reservas norteamericanas de alimentos alcanzaban su punto más alto y los precios su valor mínimo. Por vez primera, en muchos años, la balanza comercial agropecuaria de Estados Unidos registraba un saldo negativo.

Fue sólo con las sequías de los años 87 y 88, que afectaron dramáticamente a la agricultura norteamericana, cuando la situación de sobreproducción se vio neutralizada, los precios se elevaron y así también las divisas por concepto de exportación alimentaria. Esta situación es, sin embargo, transitoria. A la fecha, Estados Unidos busca con ahínco mercados alternativos y se impone como proveedor casi exclusivo de los países asiáticos de mayor auge industrial. Japón es en la actualidad el principal comprador de alimentos norteamericanos, habiendo, junto con otros países de la región, como Corea y Taiwan, substituido en gran medida los mercados europeos perdidos recientemente. Hoy día participación del Sudeste Asiático en el mercado norteamericano de alimentos se ha elevado al 45.4%, mientras que la de la Comunidad Europea ha retrocedido al 19.7%, como se puede observar en el cuadro 7.

Al lado de las dificultades agrícolas originadas en las políticas

Cuadro 7
Exportaciones agrícolas de Estados Unidos (1980 y 1988)

Países	Valor (miles de mdd)		Porcentaje	
	1980	1988	1980	1988
Asia	14.8	16.8	36.1	45.4
Japón	6.1	7.6	14.8	20.6
Corea del Sur	1.8	2.27	4.4	6.7
Taiwan	1.0	1.6	2.7	4.5
Europa Occidental	11.7	7.8	28.5	21.2
Comunidad Económica	11.0	7.3	22.4	19.7
Europa del Este	2.07	0.5	5.0	1.5

Fuente: *Statistical Abstract of the United States 1990*, datos extraídos del cuadro 1144.

¹⁷ E.A. Santos, "La seguridad alimentaria...", *op. cit.*

compensatorias de los países desarrollados, surgen otras que emanan de regiones distintas, en particular del mundo periférico.

Los países latinoamericanos, por ejemplo, habían sido importantes coadyuvantes de la expansión alimentaria de los años setenta tanto en su calidad de productores, como de consumidores. Al sobrevenir la crisis del comercio alimentario en el primer quinquenio de los años ochenta, naciones exportadoras como Argentina y Brasil enfrentan serias dificultades financieras. Sometidos a severas restricciones, de parte de la banca mundial y del FMI, requieren en forma desesperada de divisas, para hacer frente a la enorme deuda acumulada en años previos. De ello deriva que aun en circunstancias adversas, de precios bajos, deban incrementar sus exportaciones, buscando compensar las pérdidas en valor unitario por una expansión cuantitativa del producto exportado. Al respecto la FAO indica que si bien el volumen exportado se incrementa en 35% entre 1980 y 1986, su valor queda estancado.¹⁸ Este ascenso en la oferta latinoamericana de alimentos, estimulado de igual forma por su súbita inserción en el mercado soviético, sobre todo de parte de Argentina, exacerba aún más el fenómeno de la sobreproducción. Años más tarde, estos países, al no poder soportar por un periodo largo las pérdidas provenientes de su escaso poder competitivo, restringirían sus exportaciones. Su incapacidad por extender subsidios a los productos amenazaría su potencial de competitividad.

Por otra parte, la condición deudora de los países de la región no permitiría ya, como en la década precedente, la continuidad de políticas que estimularan la dependencia alimentaria. El ahorro en divisas restringía fuertemente la capacidad importadora de muchos países que se habían convertido, años antes, en clientes de la oferta norteamericana. De igual manera, las devaluaciones de las monedas locales constituían un freno importante para la compra externa de alimentos. Asimismo, en virtud de la crisis, se observaría una brusca reducción en la demanda alimentaria latinoamericana: su crecimiento a principios de la década era de tan sólo el 1.9% frente al 4% de los años setenta.¹⁹ Este conjunto de factores constituirían una fuente adicional de dificultades para la economía agrícola mundial enfrentada a una situación de sobreproducción crónica.

No podríamos cerrar este capítulo sin mencionar el papel desempeñado por la ex Unión Soviética en el mercado alimentario de los años ochenta.

¹⁸ FAO, *Potencialidades*, op. cit.

¹⁹ *Ibid.*

Valiéndose de la coyuntura de bajos precios internacionales, este país pudo incrementar ostensiblemente sus compras alimentarias, convirtiéndose hacia mediados de la década en el mayor importador mundial de estos bienes. Su capacidad importadora ha oscilado entre 30 y 45 millones de toneladas anuales, habiendo superado este promedio en ciertos años, como por ejemplo 1984, cuando sus compras fueron superiores a 50 millones de toneladas.²⁰ La ex-URSS con su enorme capacidad importadora compensaba la inflexibilidad creciente de otras regiones. Esta situación cambió verticalmente en la actualidad, ante el profundo deterioro económico de la antigua potencia y el derrumbe de su capacidad importadora. Los agricultores occidentales observan, con enorme aprehensión, el colapso económico de una región que constituía hasta hacía poco tiempo una parcela considerable del mercado alimentario de Occidente.

Las disyuntivas de los años noventa

No parece haber visos de solución, a corto plazo, para el conflicto agrícola mundial. La reciente reunión de la Ronda Uruguay concluyó sin acuerdos sustantivos respecto al tema central que abordan los distintos países: la supresión del subsidio. A últimos momentos, la Comunidad Europea accedió a reducir en pequeña escala los apoyos otorgados a sus agricultores; ello no indica, sin embargo, que esté dispuesta a liberalizar sus mercados agrícolas. Más bien su actitud parece relacionarse con el propósito de evitar fuertes rupturas en el seno del GATT.

La supresión de la intervención estatal en el campo europeo llevaría, ciertamente, a una brusca caída en la producción, con el retiro de gran parte de granjas, sobre todo de aquellas cuyas tierras son menos productivas, con suelos poco fértiles y ubicación desfavorable. Las intensas manifestaciones de repudio a medidas de esta naturaleza, de parte de agricultores europeos, en especial de los franceses, indican la magnitud del conflicto político y social que entraña la perspectiva liberalizante. A diferencia de Estados Unidos, que redujo su población rural activa a un 3% del total, el continente europeo todavía retiene en su seno a una proporción más elevada de trabajadores, que oscila en torno a un 10%, equivalente a 10 millones de granjeros. Cabe observar que en países de reciente ingreso a la CEE, como Portugal y Grecia, el sector agrícola participa con el 25 y 29% de la población económicamente activa.²¹

²⁰ FAO, *Anuario de Comercio*, Roma, 1985.

²¹ E.A. Santos, "La seguridad alimentaria...", *op. cit.*

Con tasas altas de desempleo en las ciudades y una tradición de equilibrio demográfico y social, los países europeos no parecen inclinados a buscar modificaciones de impacto en el orden rural. Asimismo, la idea de regreso a una situación de dependencia alimentaria de Estados Unidos es incompatible con los propósitos de autosuficiencia, inscritos en el proyecto europeo desde los años sesenta. Así, pese a que el campo de la región deba ser alimentado con fuertes erogaciones, que en última instancia proceden de los consumidores urbanos, no están dadas las condiciones para que los países de la Comunidad renuncien a su proyecto agrícola comunitario.

Japón, de igual forma, no está dispuesto a dejar la producción de alimentos en manos ajenas. Hoy día es el país que más protege a sus productores. Si bien esta política no tiene fuertes repercusiones en el comercio mundial, pues sólo afecta a un producto de menor circulación, como es el arroz, su postura proteccionista al interior del GATT posee un fuerte impacto, dado el peso político de este país sobre la comunidad económica internacional.

De no lograrse un acuerdo en torno a la reducción de los apoyos a la agricultura mundial, Estados Unidos deberá seguir proporcionando elevados subsidios al sector rural, así sea muy en contra de su voluntad.

Desde esta perspectiva, los alimentos seguirán inundando los mercados internacionales, con graves repercusiones sobre aquellos países tendencialmente exportadores, que no pueden pagar subvenciones, y que hoy día se encuentran en una situación difícil frente a los competidores de los países más desarrollados.

Otra situación preocupante al respecto es la perspectiva de una nueva revolución agrícola, que puede incrementar a niveles insospechados la condición excedentaria del presente momento. La difusión comercial de la biotecnología promete duplicar la capacidad exportadora norteamericana de aquí al año 2000. Europa, de otra parte, no parece inclinada a perder posiciones consolidadas, y hoy día dedica fuertes presupuestos a la tecnología agrícola, previéndose un fuerte incremento en las cosechas ya para mediados de la década.²² Cabe aquí mencionar la incapacidad de otros países exportadores, sobre todo del mundo en desarrollo, para participar en esta carrera tecnológica. Escasos en recursos y agobiados por el peso de la deuda no pueden estos países desarrollarse tecnológicamente, generándose una fuerte dependencia del exterior en este rubro. Esta situación agudiza su condición marginal en el terreno agroalimentario.

²² *El Financiero*, 25-01-90.

Desde la perspectiva de la demanda, hoy es evidente que por un largo periodo las condiciones de apertura comercial de los años setenta no podrán repetirse, ya que parte del mundo consumidor se encuentra en una situación de colapso económico. Los países latinoamericanos, agobiados por la inflación, la recesión y los compromisos que ocasiona la deuda, no pueden, así se integren a la apertura comercial impulsada por Estados Unidos bajo el proyecto Iniciativa de las Américas, recuperar el poder de compra de años anteriores.

La URSS, el gran mercado de las décadas pasadas, hoy día se ha desintegrado. Rusia, su heredera principal, sufre una violenta crisis económica y política, de difícil resolución a corto plazo. La necesidad de alimentos es enorme, sin embargo su insolvencia también lo es. Su capacidad de compra está mediada por la posibilidad de recibir créditos blandos de Occidente. Un proceso de involución parece condenar a la expotencia, situación que también se expresa en su incapacidad para recuperar hábitos alimentarios de años previos. Ello ocurre, de igual manera, con los países del Este europeo, calculándose que transcurrirá un decenio antes de que pueda la región restaurar sus anteriores niveles de consumo.²³

Asia, al contrario, con Japón a la cabeza, se solidifica como recio importador de productos alimentarios norteamericanos. Así proteja fuertemente a sus productores de arroz, es un mercado en expansión para otros productos, en particular para el trigo y los forrajes (maíz y soya). Su escasa infraestructura territorial no permite una producción diversificada y de autoabasto en todos los renglones. Otro país de enorme mercado, como China, puede incrementar su potencialidad importadora, si bien a principios de la década tenía una producción excedentaria. Cabe mencionar los países de reciente industrialización de la región, como Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong Kong, que con escasas tierras, una alta concentración demográfica y con fuertes incrementos en su capacidad adquisitiva, se han transformado, en últimas fechas, en mercados de gran importancia para los alimentos norteamericanos.

Es dudoso, sin embargo, que logren incrementar aún más su capacidad de compra, de tal forma que sustituyan los mercados perdidos en Europa, Latinoamérica y en el mundo socialista.

²³ *Ibid.*

México frente al contexto agrícola mundial

En el umbral de la nueva década, conforme vimos, los mercados agrícolas parecen estrecharse, colocando a la agricultura norteamericana, tendencialmente exportadora, frente a un dilema de difícil resolución. En estas condiciones, surge un fuerte interés por el mercado mexicano, cuya reciente apertura impacta de manera favorable a los medios políticos norteamericanos, más cuando las perspectivas de integración comercial se solidifican, ante la firma inminente de un Tratado de Libre Comercio entre ambas naciones.

Al distinguirse por poseer altos índices de crecimiento demográfico, fuertes concentraciones urbanas y recursos naturales exíguos, México detenta todas las características de un país que, a semejanza de los asiáticos, carece de condiciones para el logro de la autosuficiencia alimentaria. Además de los factores mencionados, otros más dan cuenta de su débil condición agrícola, a saber: el desmantelamiento de sus aparatos tecnológicos; el abandono en que se encuentran los productores mexicanos, en lo que se refiere a apoyos y subsidios gubernamentales, así como el reducido gasto público que fluye hacia el sector, impidiendo el desarrollo y la conservación de la infraestructura hidráulica y de servicio que requiere la actividad. A ello se agrega una demanda alimentaria en expansión, estimulada en gran medida por las necesidades de las agroindustrias cárnicas, que hacen desviar cada vez más los escasos recursos alimenticios para los fines de la alimentación animal. Finalmente, no deben soslayarse las facilidades que entraña la cercanía geográfica con el vecino país de productos agrícolas.

Conocido es el hecho de que Estados Unidos potencia el perfil importador de México, al suministrarle jugosos créditos para la compra de sus alimentos. Durante el año de 1990, nuestro país fue el principal beneficiario del financiamiento norteamericano, habiendo recibido la cantidad de 1 525 millones de dólares para estos fines.²⁴

México es, a la fecha, el mayor importador neto de alimentos de América Latina, respondiendo por un 50% de las importaciones de la región. En los últimos años, a consecuencia de la adopción de políticas neoliberales, su condición importadora se ha solidificado, de forma que para 1990 el país se había convertido en uno de los mayores compradores de alimentos norteamericanos con adquisiciones cercanas a los cuatro mil millones de dólares.²⁵ Este perfil ayuda a alimentar las expectativas del vecino país, en lo que se refiere a la capacidad mexicana para

²⁴ *El Financiero*, 08-11-90.

²⁵ *Aq Exporter*, noviembre 1991, Washington, D.C.

incrementar aún más las importaciones, hasta alcanzar en pocos años una cantidad superior a los 15 millones de toneladas.

La actual sobreproducción mundial de alimentos coadyuva a profundizar la situación de dependencia alimentaria de México, en tanto permite adquirir los alimentos externos a precios sumamente reducidos. Si bien a principios de los años ochenta, la capacidad importadora del país se vio severamente constreñida por el impacto devaluatorio —factor que encarecía sobre manera los productos externos— hoy día las estrategias estabilizadoras del salinismo, al impulsar la valorización de la moneda, le dan nuevos bríos. Esta nueva orientación, componente de una estrategia global, que busca integrar la economía mexicana a la norteamericana, involucra de igual forma el abatimiento de su sistema proteccionista. En el caso de la agricultura, los mercados han sido liberados desde 1989, afectando a una amplia gama de productos, de los cuales se excluyen el maíz y el frijol. La próxima suscripción de un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, en el cual se incluyen todos los productos agrícolas, es indicativa de la intención gubernamental en el sentido de que también los productos básicos mencionados sean incluidos. Hoy día se habla de que el plazo para esta liberación será de 10 a 12 años, tiempo suficiente —se considera— para que los productores se adecuen a la nueva situación y se preparen para la competencia externa.

Sin embargo, es conocido el hecho de que no habrá plazos suficientes que permitan equipar la capacidad productiva mexicana con la norteamericana.²⁶ En el presente, la brecha productiva es ya inmensa, y se incrementará más con la puesta en operación de las prácticas biotecnológicas por parte del vecino país. Sería ingenuo pensar, como sugiere la argumentación oficial, que mientras los productores mexicanos incrementen los rendimientos, la productividad de los agricultores norteamericanos decrecerá o quedará estancada.

La liberación de los mercados de granos, como el maíz y el frijol, así ocurra en un largo plazo, constituirá un golpe profundo para la economía rural mexicana, de la cual depende hoy casi un 30% de la población. Cabe destacar que un 85% de los productores se ocupa de los cultivos de granos básicos, mismos que en un plazo mediano, de no cambiarse las estrategias presentes, podrían verse proscritos de la actividad rural.

Hemos observado en este análisis cómo países menos dotados para la actividad agrícola protegen a su sector rural, hasta el punto de imponer severos costos a otras ramas económicas y aun de desatar severos

²⁶ Véase J. Luis Calva, *Probables efectos de un Tratado de Libre Comercio en el campo mexicano*, México, Ed. Fontamara, 1991.

conflictos a nivel internacional. México, en contraste, parece decidido a sacrificar su agricultura, y con ello a dejar sin sustento a la parte mayoritaria de su población rural. ¿Es posible concebir tal acto de barbarie?